

dose al bien público y á la salvación de los fieles de este reino. Y esta es la mayor riqueza que podemos dejar al Colegio de Nuestra Señora.

#### CONSTITUCION IV

En todas las urbanidades que deben observar los colegiales con el Sr. Rector, y entre sí mismos, dondequiera que se hallaren, nos remitimos á los honores, privilegios y disposiciones del Colegio Mayor del Sr. Arzobispo en Salamanca, cuyas constituciones nos han venido, y dejamos á este Colegio, para que de todas maneras se guarden en lo que no se opusieren á estas Constituciones, después de aprobadas por Su Majestad, como se quiere dignar de hacerlo; y si fuere necesario, queremos también que se aprueben por Su Santidad.

(Continuará)

## KEPIS Y CORNETAS

(Traducido para la Revista del Colegio del Rosario)

RENATA L.... Á BLANCA Y....

Angers, 15 de Mayo de 1871

Hace ocho días, mi querida Blanca, que estamos instaladas en una primorosa quintica, cerca de Angers, en casa del cuñado de la Madre Santa Ursula. Pero estoy tan atontada con lo que ha sucedido, que me parece estar despertando de un sueño.

Sabes que me quedé en nuestro amadísimo Colegio de Neuilly con mi hermanita Lili y otras seis internas, huérfanas como nosotras, ó cuyas familias, por vivir lejos, no habían podido venir á sacarlas. Por todo, éramos cuatro chiquitas y cuatro grandes. Al principio, todo sabrosísimo; no teníamos tareas ni lecciones; apenas nos hacían por la tarde una clasecita como por no dejar. Nos pasába-

mos el santo día en el parque, jugando ó leyendo libros divertidos. Las hermanas sí tenían las caras acontecidas é inquietas. Poco nos duraron los asuetos.

Aunque ya tú estás *presentada* hace más de un año, no habrás olvidado una de las costumbres del Colegio. De cuándo en cuándo, ¿te acuerdas?, cuando estábamos en lo más fino del recreo, se aparecía una Hermana, daba un golpe con la matraca y todas teníamos que interrumpir el juego, quedarnos calladitas y oírle á la Hermana un versículo del Evangelio ó de la *Imitación de Cristo*. Otro golpecito, y á seguir jugando. Parece que eso tiene por fin recordarnos, en medio de las distracciones profanas, que tenemos alma que salvar; no vaya á ser que la pelota ó el croquet nos lo hagan echar en olvido.

Un día (creo que fue el 25 de Marzo) nos estábamos preparando para jugar á la candela, cuando se nos apareció la Hermana Santa Angela. ¡Clac! Todas nos paramos. “Qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero.....” ¡Buum! ¡Buum! Un obús, Blanquita, un obús de la Comuna que reventó contra un árbol, á diez pasos de nosotras. La Hermana no tuvo alientos para acabar la frase. Se le cayó la matraquilla, las chiquitas echaron á llorar; yo alcé á Lili, y todas nos metimos al estudio.

Pasamos la tarde y la noche sin más percances, y ya casi estábamos tranquilas. Pero fuimos al refectorio al otro día, y cuando íbamos á empezar la sopa..... ¡buum! Un obús que desfondó el tejado de la otra casa.

—¡A las bodegas!, mis hijitas, dijo la Superiora, la Madre Santa Ursula. Cojan sus platos y sus servilletas. ¡Ligero!

Bajamos las escaleras como apostando carreras, y derramámos la mitad de la sopa. Las chiquitas estaban encantadas, y Lili en sus glorias.

—¡En la bodega del carbón!, gritaba la Madre. Es la parte más segura.

Las Hermanas conversas tendieron el mantel en el suelo; nos sentamos sobre unos troncos que andaban rodando por ahí, y acabamos alegrísimas nuestro dramático almuerzo.

Ni más obuses hasta la noche. Nos acostaron en el dormitorio como siempre. Pero, como ya te lo figurarás, no pudimos dormir, menos Lili, que se había quedado, con permiso, en mi cama. Apagaron todas las lámparas, y nos estábamos muriendo de miedo en la oscuridad. Como á las diez, se iluminó una de las ventanas con una una luz vivísima; sonó una detonación horrorosa y todos los vidrios se volvieron añicos.

—¡Jesús, María!, gritó la Madre Ursula, que tuvo la bondad de quedarse con nosotras. A la sala, mis hijitas, pero pronto.

Vuelta á desfilar, con más tristeza que por la mañana. Las Hermanas conversas cargaron con los colchones, y nosotras íbamos arrastrando los tendidos, á la luz de una linterna agonizante. Tendimos las camas en el suelo de la sala de visitas, y nos acostamos por hacer caso. Empezaron entonces otras detonaciones.

—¡A las bodegas, hijitas, sean valientes y encomiéndense á Nuestro Señor!

Quince días nos hemos estado metidas en las cavas. Afuera no cesaba ni por un momento el estruendo de la metralla, y veíamos por los tragaluces cómo estallaban las bombas, haciendo leña los árboles del jardín. A ratos nos poníamos á leer; á ratos á jugar, hasta á las escondidas; porque había, detrás de los baúles y de los montones de leña, sitios muy buenos donde esconderse. Lo malo fue que nos los aprendimos de memoria á los tres días. Rezábamos el Rosario; las chiquitas se morían de aburrimiento; las grandes lloraban de cuándo en cuándo, menos yo, que me contenía para no asustar á Lili. Algunas veces, por la tarde, se calmaba la cosa, y nos dejaban salir, con muchas precauciones, al parque, donde nos divertíamos en recoger cascos de las granadas comunistas.

A pesar de todo, el tiempo se nos hacía interminable. La Madre Santa Felicitas—¿te acuerdas?, la que estuvo en la guerra de Crimea,—como es tan gorda, se ahogaba en los subterráneos, y le decía á la Superiora, con la mayor serenidad:

—Déjeme, Madre, salir un ratico, que yo abro mi paraguas.

Hacia cuatro ó cinco días que estábamos metidas en nuestro agujero, cuando llegó á ocupar el Convento una Compañía de soldados versalleses. El Capitán vino á visitarnos, para tranquilizarnos, según dijo, pero también por curiosidad, me parece á mí. Muy caballero el Capitán y muy distinguido. No lo que se llama buen mozo, pero sí delgado, elegante y con aire de franqueza, energía y bondad. Le llamaban el Capitán d'Orsanne.

Estoy segura de que es de buena familia, eso lo siente una; muy joven y ya condecorado por su bizarro comportamiento en la campaña. Se estuvo por lo menos una hora con nosotras, le dio informes á la madre Felicitas sobre un general viejo que ella conoció en Crimea, y descubrió que la Madre Santa Ursula era hermana de uno de sus discípulos de Saint-Cyr.

Se portó exquisitamente y le hizo cariños á Lili.

Al otro día nos mandó carne fresca y legumbres, porque no teníamos sino cecina y pescado fiambre; nos vino á ver todos los días y les trajo dulces y galletas á las chiquitas. A Lili le dio más que á las otras.

El día de Pascua, el Capellán—tan bueno que es,— el abate Jusselin, llegó á decirnos que pensaba ir por la tarde á confesarnos como de costumbre. Por la mañana nos había dicho el Capitán d'Orsanne que estaba temiendo una salida de los parisienses, y que entonces su compañía tendrían que batirse dentro de pocas horas. Dijo que no había por qué temer; pero, á pesar de su tranquilidad, ¡figúrate cómo nos quedaríamos!

Nos confesamos en el rincón de la carbonera. Las grandes, sobre todo la gordiflona de Berta Malvan —la que

nos mostraba un medallón con pelo de su primo, ¿á que no te acuerdas?,—sollozaban como si ya las fueran á matar. Lili, que cumplió los seis años, hizo ese día la primera confesión. No sé qué le diría al Padre, pero fue empeño de ella. “¡Que quiero confesarme como hermanita mayor!” Cuando acabamos todos, el abate Jusselin, con mucha solemnidad, nos dio á todas la absolución general, como se hace en los grandes peligros, y nos exhortó á hacerle á Dios, si llegaba el caso, el sacrificio de la vida. La Madre Santa Felicitas dijo entre dientes, pero yo se lo alcancé á oír:

“No debía decirles eso á las niñas.”

Después nos dio la comunión, siempre en las cavas, donde estaba Nuestro Amo desde algunos días antes. Te aseguro que no he visto cosa más linda y más conmovedora. Estábamos como los primeros cristianos, en las catacumbas, Blanca querida.

Por la tarde, apareció el Capitán d'Orsanne con su compañía. Por supuesto que venían triunfantes, y te contaré en mucha confianza que yo ofrecí la comunión por él. Trajeron muchos heridos. Desocuparon una bodega para ponerlos, y las Hermanas empezaron á curarlos. Yo quería ayudar, pero la Madre no me dejó, y yo le di las quejas al Capitán, pero él me dijo que, aunque no dudaba de mi valor, creía que mi obligación era cuidar de Lili.

Era imposible estarnos en las cavas hasta el día del juicio. Nos decía el Capitán que la guerra iba á durar más de un mes; algo había que resolver. El 8 de Mayo la Superiora nos anunció que nos teníamos que ir para Angers, donde un su cuñado, fabricante muy rico, nos convidaba á su casa.

Todas hicimos un lío con nuestra ropa, y para llevar lo más que se pudiera, nos pusimos dos pares de medias, unas sobre otras y cuatro pares de enaguas. Las Hermanas, por prudencia, se disfrazaron de señoras del mundo, con traje de color y sombrero. ¡Pobrecitas! ¡se veían tan

raras! Menos la Hermanita Santa Agueda, que es tan bonita. Ella sí parecía una señorita de veras, y cuando pasamos por el primer destacamento, un soldado dijo recio:

—¡Qué lindura!

Salimos del convento, ya casi de noche, por la puerta trasera del parque. Daba susto. Así serán las evasiones que cuentan las novelas.

El Capitán d'Orsanne nos acompañó hasta la última avanzada. Iba en medio de la Madre Santa Felicitas y de mí. Yo llevaba á Lili de la manita. En el puente del Sena un ventarrón le voló el sombrero á la Madre; eso nos distrajo por un momento. Pero en el momento en que el Capitán iba á despedirse, silbó una granada sobre nuestras cabezas, y volvimos á ponernos muy serias. El Capitán nos deseó buen viaje, la Madre Santa Ursula le dio con efusión las gracias por todas sus bondades. El le pidió permiso para darle un apretón de manos. Nos lo dio también á la Madre Santa Felicitas y á mí, y á Lili muchos besos de seguida.

Yo tenía un nudo en la garganta al pensar que jamás volvería á ver al pobre Capitán, tan bueno con nosotras. En un momento llegamos á Courbevoie, donde nos estaban esperando dos carritos de resortes. A las diez estuvimos en Versalles; tomamos allí el tren, seguimos la línea de Orleans, y se acabó. Aquí en otra época estaríamos felices, pero lo que está sucediendo es tan triste! Escribeme pronto y recibe un abrazo cariñoso de

RENATA

FRAGMENTO DE CARTA DEL CAPITÁN D'ORSANNE Á JUAN Z....

Imagínate, mi viejo, que estoy viviendo con mi Compañía, hace dos semanas, en un colegio de monjas. Había, cuando llegamos, unas veinte, y además una media docena de colegialas. Las monjas son buenas criaturas, casi sin miedo, y hemos vivido con ellas sin tener una sola molestia. Escondidas en las bodegas ellas, y hacían bien, porque los obuses nos mandaban un aguacero de bombas,

Me encontré con una hermana muy antigua, más veterana que yo y que conoció al viejo *Cebolla* en la campaña de Crimea.

Lo mejor que había, lo más bonito, lo más alegre era una colegialita de diez y seis á diez y siete años, á quien llamaban Renata que sé yo qué! Tenía una hermanita de unos cinco años y jugaba con ella á la mamá del modo más primoroso.

Llevé toda esa gente el otro día hasta Courbevoie, porque estaban aburridas de vivir en las cavas. Las monjas se habían disfrazado de elegantes y daban risa y lástima á un tiempo. De golpe nos silbó una granada en las orejas; la susodicha Renata, que iba con la hermanita de la mano, alzó á la chicuela, y me la entregó sin mover los labios, pero con un aire tan confiado, y con unos ojazos tan hondos, que..... no sé cómo decirte. Por lo demás no he de volver á ver nunca á esa criatura. Fue una aparición que se desvaneció, y nada más.....

FRAGMENTO DE CARTA DE RENATA L.... Á BLANCA Y....

París, 28 de Septiembre de 1874

.....El domingo pasado nos habían convidado á comer á casa de Madame Lys, amiga de mi pobre mamá. La dueña de casa nos dijo:

—Van ustedes á comer con una estimabilísima persona, el Comandante D'Orsanne.

Dicho y hecho; se nos presentó, no se ha envejecido, lo reconocí al momento. El me miraba de un modo tan encogido como el de quien cree reconocer á un amigo, pero sin seguridad de que lo sea. Entonces me eché á reír como una loquilla; con eso me conoció, y, sin preámbulo alguno, empezó á preguntarme:

—Bueno, Srita. Renata, ¿cómo va Lili? ¿Y la Madre Santa Ursula, y la Hermana Santa Felicitas?

Madame de Lys y mi tutor, que no estaban en antecedentes, me miraban con unos ojazos! En suma, que el Comandante y yo nos la pasamos conversando como amigos

viejos. Fíjate en que es *Comandante*, y no tiene sino treinta y cinco años. No es Conde, ni Marqués como yo creía, pero eso no le hace.....

RENATA

FRAGMENTO DE CARTA DEL COMANDANTE D'ORSANNE Á JUAN Z....

París, 21 de Septiembre de 1874

.....¿A que no me adivinas á quién encontré la otra noche en casa de mi tía de Lys? Pues á la colegialita de la Commune. Acaba de cumplir los veinte años y es un dije. Conversámos hasta media noche sobre nuestros recuerdos de campaña.

JAIME

París, 13 de Noviembre de 1874

Monsieur X..... saluda á usted muy atentamente y tiene el honor de participarle el matrimonio de la Srita. Renata L....., su pupila, con el Sr. Jaime D'Orsanne, Jefe de Batallón en el Regimiento 31 de Línea, y caballero de la Legión de Honor.

JULES LEMAITRE

De la Academia Francesa

## Lecturas sobre el arte de educar

### IV

#### LA ENSEÑANZA OBLIGATORIA

El socialismo, que tiende á la anulación del individuo en favor de la comunidad, ó en beneficio del Gobierno que la rige, no ha alcanzado en la práctica, y eso en algunos países, sino el triunfo de una de sus teorías, con el establecimiento de la enseñanza primaria obligatoria. Lo más extraño de semejante institución es que la han obtenido los socialistas extremos con el apoyo de sus inconciliables enemigos los liberales individualistas.